

# 10 AÑOS DE PENA SIN CULPA

●●● Viene de página A2

su gente, golpeada y obligada a hacerse cargo de un cargo que nada más ni nada menos es pena de muerte en una prisión, sin una esperanza, con miedo, dolor y angustia. Pobre mujer, madre santa, no es un animal, es una uruguaya.

**ESCLAVA EN PRISIÓN.** El 22 de enero de 2009, apenas nueve días después de la detención de Martín, una uruguaya de 51 años fue interceptada en el aeropuerto de Beijing con 2.500 gramos de cocaína encima. A pedido de la familia, no diremos en esta nota siquiera su nombre de pila.

China es, según un informe reciente del Consorcio Internacional sobre Políticas de Drogas, uno de los 33 países del mundo que conserva la pena capital para quienes comentan delitos con drogas. Los datos del consorcio indican que entre enero de 2015 y diciembre de 2017, al menos 1.320 personas fueron ejecutadas por este tipo de ofensas. Irán es el que lidera el ranking, con 90% de esas muertes. Sin embargo, el informe explicita que las cifras no contemplan a China, posiblemente igual o más severo que Irán, porque los datos de ese país no son confiables.

A la uruguaya le esperaba ese mismo destino: la muerte. Sin embargo, por gestiones del gobierno uruguayo se le “perdonó” la pena capital y en 2010 se la sentenció a cadena perpetua. Esto según fuentes diplomáticas y policiales, porque oficialmente ni en la embajada de Uruguay en China, ni en la Dirección General para Asuntos Consulares y Vinculación de Cancillería quisieron referirse a su caso.

Una sola nota de prensa lo consignó, en 2010. En el artículo, publicado en Últimas Noticias, decía que la mujer había contratado “costosos abogados”, lo cual parecía ser indicio de su pertenencia a una organización de narcotraficantes.

Desde entonces, no se supo más. Martín se enteró de la peripecia de esta

## La diferencia

200.000

dólares por kilo de cocaína es el precio estimado de venta en Asia, según información policial en base a informes internacionales. En Europa, la misma cantidad se paga entre 25.000 y 30.000 dólares.

señora por boca de un hombre, preso en Hong Kong, cuya esposa había conocido a la uruguaya en la cárcel de Beijing.

*Le perdonaron la pena de muerte pero la condenaron a cadena perpetua. Ahora la pena de muerte es por esclavitud en prisión. La gente del gobierno dijo que tuvo suerte y todos contentos, y la señora llorando en una celda.*

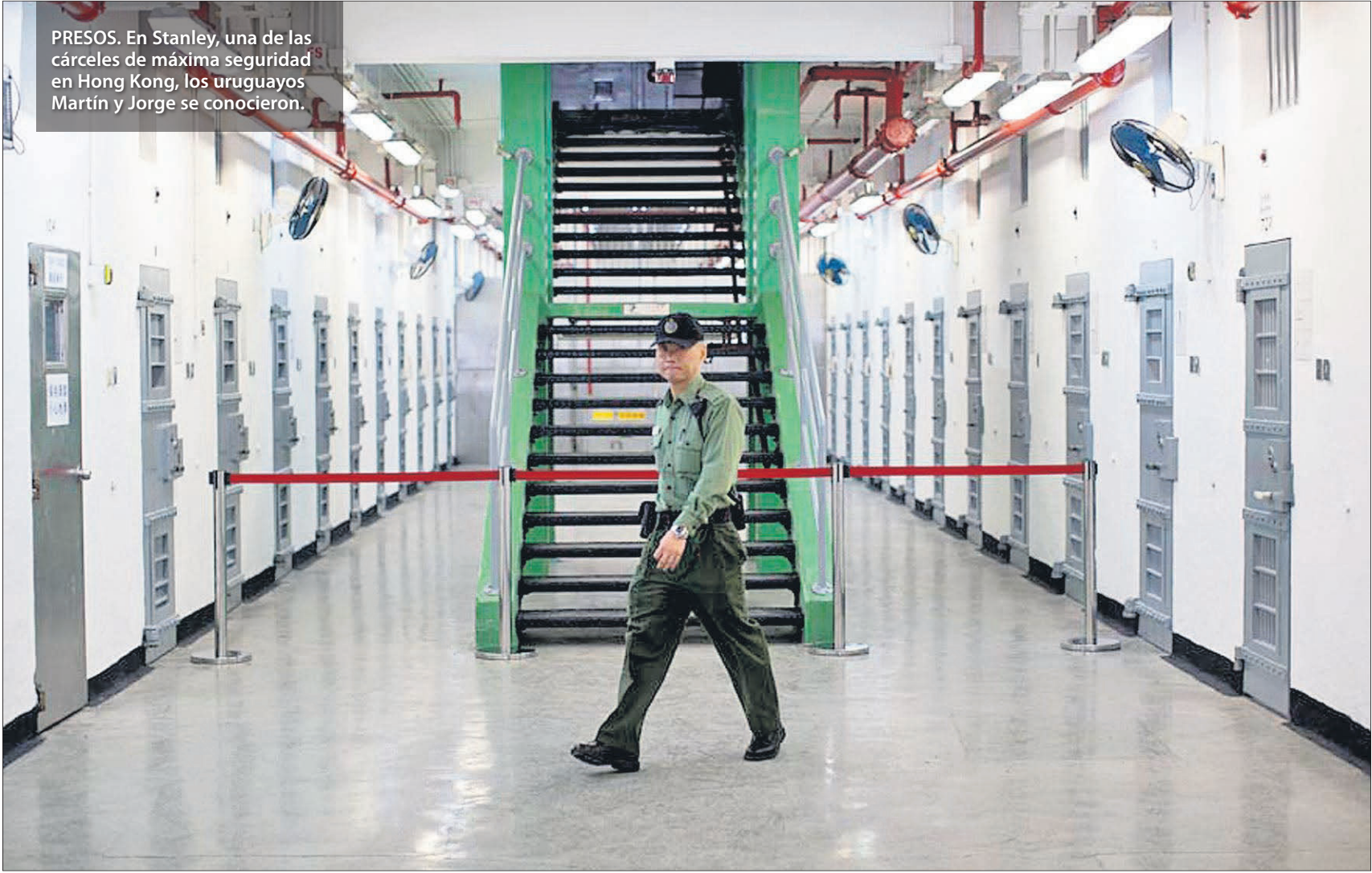
Él quiere que averigüe de dónde es la señora, cuántos idiomas habla, qué propiedades le confiscaron, cuántas veces viajó a otros países. Es irónico. Se burla de la nota de Últimas Noticias —que evidentemente leyó— y dice:

*Las fuentes afirman que la señora formaría parte de la organización. Por supuesto. Es su mula. Pobre mujer. Los abogados costosos se usan para que a la mula no se le escapen palabras como nombres porque la señora tiene familia. Los abogados son los verdugos para que la señora se calle (...) Yo trato de ayudar a esa señora porque son años en todo esto y mi corazón me repite que no es un cuento.*

Pero no tiene cómo. Desde la Dirección General de Represión al Tráfico Ilícito de Drogas del Ministerio del Interior, el jefe, Carlos Noria, busca en la base de datos los nombres de tres uruguayos presos en China y comenta que la poca información que en su momento le aportó Cancillería a la Policía “solo sirvió para verificar domicilios y entorno, lo que no arrojó nada que permitiera abrir una investigación formal”. La familia de Martín enmudeció “por temor a represalias”. A los allegados de la señora ni siquiera pudieron contactarlos.

Y aunque el acercamiento hubiera prosperado, advierte: “El nivel de conocimiento de los correos humanos sobre la estructura de la organización es nulo. Generalmente

PRESOS. En Stanley, una de las cárceles de máxima seguridad en Hong Kong, los uruguayos Martín y Jorge se conocieron.



## Religioso recorre el mundo con un anhelo: “No más mulas”

■ Las cárceles de Hong Kong son consideradas de las mejores del mundo: no circulan drogas, casi no hay violencia, el acceso al cuidado médico es real, se puede estudiar y se cobra un salario por el trabajo (que es obligatorio). También es de las más caras porque allí los castigos son severos pero no son en vano, y a sus ojos la verdadera rehabilitación incluye, sobre todo al inicio, aislamiento en celdas individuales. Y eso cuesta dinero. Por eso los relatos de quienes pasan por sus prisiones no se centran en las condiciones de reclusión, sino en su vivencia de soledad. Hablan de hambre —porque la comida es poquísimay de soledad.

En la Cancillería lo saben, pero su respuesta para esta nota fue muy escueta. Adujeron que no podían informar nada “por respeto a la intimidad y privacidad de los prisioneros y sus familias”. Se limitaron a mencionar que los consulados del mundo cumplen tareas de “asistencia humanitaria a los compatriotas detenidos realizando visitas permanentes, apoyando el intercambio de cartas y comunicación con sus familias, la consulta a las autoridades locales interiorizándose sobre el estado de la situación jurídica de los afectados, así como la regularización de documentación, entre otras”. La cónsul honoraria en Hong Kong, Anabella Levin-Freris, también fue medida en sus declaraciones. “Sí, conozco a los dos prisioneros. Fueron juzgados y sentenciados. El consulado ha hecho todo lo que debe hacer para los ciudadanos en situaciones como esta”, respondió. Agregó que había estado en contacto tanto con Martín como con Jorge en varias oportunidades por “las aflicciones habituales en toda persona priva-

da de su libertad física”. En el momento de la llamada, Jorge Zunini todavía estaba preso. Según contó él ya libre en Uruguay, Levin-Freris cumplió un rol fundamental en su deportación, y está muy agradecido ello. Pero más allá de la ayuda oficial, en Hong Kong abundan los voluntarios de distintas nacionalidades que realizan apostolado en las cárceles. Jorge conoció a unos latinos que repartían libros en español, y a una señora filipina llamada Adoración, que lo ayudaba a efectivizar el correo con su her-



AYUDA. John Wotherspoon acerca a los presos a sus familias.

mana y a manejar su cuenta de dinero. El sacerdote australiano John Wotherspoon también acude a las cárceles de Hong Kong como voluntario. Empezó en 1995 y si bien ha bajado la frecuencia de las visitas, nunca ha dejado de hacerlo. Dice que su objetivo es animar a los prisioneros a seguir adelante. Además, los invita a unirse a su campaña “No más mulas” para evitar que otros sigan sus pasos.

Según cifras oficiales, el 20% de los reclusos paga por delitos vinculados a drogas. Y de acuerdo a la información que maneja el sacerdote, de 10.000 presos, unas 300 son mulas provenientes de otros países. Unos 140 son latinoamericanos. Dice Wotherspoon que en su mayoría solían ser hombres, pero en los últimos años aumentaron las mujeres. Tienen entre 20 y 70 años, y casi siempre dejaron una familia. Hay unos 70 colombianos, 20 venezolanos, 12 peruanos, y media docena de Paraguay, Bolivia, Argenti-

na, Brasil, Chile, Surinam. Los uruguayos eran Martín y Jorge; ahora solo queda el primero. A Wotherspoon aún lo conmueven los recién llegados, “especialmente aquellos que fueron engañados o forzados. “Siento que necesito ayudarlos a probar su inocencia”, dice por mail para esta nota. “Apuntan a personas vulnerables que necesitan dinero para sus familias”, asegura.

20 horas sin comer. No le molesta, dice. Si algo aprendió en los nueve años y cuatro meses que estuvo preso en Hong Kong fue a soportar el hambre y esperar.

Al igual que los otros dos uruguayos, Jorge cayó en 2009. A diferencia de ellos, se declaró inocente en todo momento. En libertad hace cuatro meses, esta es la primera vez que cuenta su peripecia.

Un muchacho de Belén lo puso en contacto con un veterano salvadoreño que se dedicaba a la venta de ropa en Hong Kong. El negocio consistía en traerla de China, cambiarle la etiqueta y venderla por internet a Brasil. Aun contra la voluntad de su pareja, decidió viajar. Se fue un 8 de diciembre de 2008 planeando volver en mayo de 2009. En aquel momento tenía una hija de nueve años, dos hijos de dos y una de uno.

La vida en Hong Kong transcurría como lo había previsto, con 14 horas de trabajo diarias, pagos de US\$ 1.800 semanales y hasta 20 kilos de ropa gratis para enviar a su familia. Un hindú que había sido socio del salvadoreño le tramitaba la visa cada tres meses. Pero la última vez, faltando solo 20 días para su regreso, se quedó con su pasaporte más de lo anunciado. Cuando Jorge se lo reclamó, el hindú —con quien había generado confianza— le dijo que no le cobraría el trámite, y a cambio le pidió un favor: que recibiera un paquete en un apartamento. Su única tarea era entregar un sobre y firmar.

Esa firma fue su condena. El paquete contenía 280 gramos de cocaína. El sobre, su pasaporte con un nombre falso. Y los que le llevaron el paquete eran funcionarios aduaneros que, habiendo detectado la droga proveniente de Argentina en el aeropuerto, habían ideado un montaje para atrapar a quien se hiciera responsable.

Jorge asegura que no sabía lo que estaba haciendo. Que ni siquiera llegó a ver su documento falsificado. Con ayuda de una traductora pidió imágenes de las cámaras del apartamento para demostrar que él recién había llegado; pidió, también, que lo condujeran a la oficina del hombre que lo había estafado. Pero nada de eso sucedió. Para peor, el hindú le contrató una abogada que no habló en todo el juicio.

“Los primeros siete, ocho meses, fueron muy duros”, cuenta. “Después de la sentencia me costó más o menos un año entender. Yo entraba a la celda y me ponía a pensar. Por andar con esa porquería, por hacer un favor... eso no es para mí”.

Jorge pasó por tres cárceles de distintos niveles de seguridad —en una de ellas, Stanley, conoció a Martín, aunque no se hicieron amigos—; trabajó en cuatro talleres distintos, primero arreglando tapas de libros, después confeccionando uniformes y sábanas para hospitales, luego haciendo sobres para las facturas de empresas estatales. Conoció a cientos de mulas humanas de todo el mundo. Vio morir compañeros. Adelgazó 20 kilos, aprendió inglés, leyó lo que nunca antes y cultivó la que hoy es su principal virtud: la paciencia.

“Fue lo más grande de mi vida”, dice hoy con 41 años, intentando recuperar el amor de su pareja. Quiere lograr que los tres hijos adolescentes estudien y que no les pase lo mismo que a él, que por no haberlo hecho casi lo pierde todo. No tiene casa, busca trabajo, pero agradece haber salido con vida y con buena salud. Además, su hija más grande lo hizo abuelo.

El 9 de setiembre, cuando llegó al aeropuerto de Carrasco, una funcionaria de migraciones le miró el pasaporte. Como no se declaró culpable, nada en el documento revela que pagó cárcel por mula. “¿Estuviste viviendo en China?”, le pregunto ella. Él se sonrió: “Algo así”.

refieren a quien los contacta para el trabajo con un apodo y son estos quienes se comunican con ellos”.

Noria trabaja hace más de 20 años en contacto con el narcotráfico. Ha visto mulas de zonas marginales, de barrios pudientes, del interior, de Montevideo, mujeres, hombres, jóvenes, mayores. “No hay un perfil. Es tan variado como gente que se puede mover en un aeropuerto”, dice. Cuando se entera de un uruguayo implicado en narcotráfico, Noria intercambia datos con sus pares de otros países para establecer relaciones. A menudo sucede que las mulas son reclutadas en lugares donde no están las organizaciones. La Policía ha desbaratado alguna de origen nacional y varias extranjeras. Las nigerianas son las que están en auge hoy.

Las mulas se mueven como en “olas”, dice. En el último tiempo detuvieron en Carrasco a varios brasileños y algunos europeos. En las cárceles uruguayas hay decenas de mulas extranjeras, sobre todo

mujeres y latinas. Y si bien no hay rutas preestablecidas ni destinos impensados, lo habitual es apuntar al mercado europeo. Porque si bien el asiático paga mejor, es sabido que el continente es estricto en su política antidrogas y no perdona. El que acepta viajar a Asia “seguramente lo haga por desconocimiento”, dice Noria. “Todo va en la desesperación”.

En un punto del interior del país, desde el chat de una red social, una hija ahogada en lágrimas por las ganas de volver a ver a su madre se llama a silencio y pide que por favor no se la mencione en esta nota. Asegura que el gobierno no ha bajado los brazos y que sigue negociando con China en la más estricta confidencialidad. Aún conserva la esperanza de su regreso.

**LO MÁS GRANDE DE MI VIDA.** Jorge Zunini viaja desde su pueblo natal, Belén (Salto) en un ómnibus que llega a la terminal de Tres Cruces a las seis de la mañana. Cuando lo encuentro lleva dos horas sentado y

Yo salí con vida y bien de salud. Ahora tengo que mirar para adelante. Me sirvió de experiencia. Fue lo más grande de mi vida”.

Jorge Zunini, expreso en Hong Kong por “mula”.